

El libro negro —y prohibido— de Vitoria

El miércoles 3 de marzo de 1976 es ya, por luctuoso, una fecha histórica para nuestro movimiento obrero. Ese día ocurrió "lo de Vitoria". Entre los periodistas que llegaron a las pocas horas a la capital alavesa para informar directamente de lo sucedido estaban Mariano Guindal y Juan H. Jiménez.

Con lo que allí tuvieron ocasión de ver y escuchar, en un ambiente todavía sacudido por la tragedia, los dos periodistas decidieron escribir al alimón un libro. Se trataba de presentar los hechos desnudos, sin mediación de juicios de valor. No hacían falta. Guindal y Jiménez optaron por utilizar el material documental disponible. Así, reprodujeron fragmentos de la cinta que alguien había grabado con las órdenes entrecruzadas por la Policía, a través de su emisora, en los momentos de máxima tensión; reconstruyeron el drama de la calle a través de distintos testimonios personales, se hicieron eco de la indignación local frente a la grave manipulación informativa de ciertos medios y citaron significativos extractos de los dietarios que habían llevado puntualmente los obreros durante las largas semanas de huelga. Los dietarios echaban por tierra definitivamente la teoría oficial sobre la presencia en la ciudad de agitadores a sueldo. A través de los mismos se evidenciaba, por el contrario, una clara y espontánea toma de conciencia de la situación por parte de los propios trabajadores. Una frase llamó particularmente la atención de los periodistas: "Nos han dado mentalidad de ricos y nos condenan a vivir como pobres".

En pocos días, el titulado "Libro negro de Vitoria" estaba ya en la calle. Publicado por Ediciones 99 y con prólogo de José Antonio Novais, había logrado pasar la censura administrativa. Sólo hicieron falta unas horas para que se vendiese la mitad de la edición. Animados por el éxito, los editores pensaban ya sacar una segunda edición, cuando llegó inesperadamente la orden de secuestro. La Policía recorrió quioscos y librerías en busca de los ejemplares que aún quedaban, al tiempo que los au-

tores recibían citación del juez de Orden Público.

Así las cosas, un ejemplar del libro llegaba a manos del presidente del grupo socialista del Parlamento Europeo, de visita en España. El señor Fellermaier se interesó inmediatamente por su contenido, hasta el punto de proponer la publicación inmediata en ocho idiomas de un extracto, que circularía dentro de ese organismo supranacional como documento de trabajo. Mientras tanto, por informar de unos hechos que nunca debieron haber sido, Guindal y Jiménez aguardan todavía el fallo judicial. ■ JOAQUIN RABAGO.

Ensayos sobre la paz

El ensayo que acaba de publicar el comandante Prudencio García —"Ejército, polemología y paz internacional", primera parte del trabajo "Ejército: presente y futuro"— es una de esas raras aproximaciones del tema militar al mercado de lectores civiles. Sin duda va a tener una gran audiencia. Sin duda va a despertar el interés que, salvando las distancias de enfoque y temática, tuvieron los ensayos del general Díez-Alegría o del comandante Busquets.

El objetivo de estas páginas es no la guerra, sino la paz, la superación definitiva de la guerra como fenómeno histórico, y es una reflexión sobre las posibilidades de los Ejércitos para colaborar en el logro de la paz. En el corazón del problema está el tema de la actitud de los militares ante la política. La reflexión del comandante Prudencio García sobre este punto ocupa una buena parte del ensayo. Las matizaciones sobre este extremo, tan delicado como actual, no ocultan una posición y unos criterios nítidos que el ensayista ha resumido en esta afirmación: "Si al apartidismo estricto; no al apoliticismo ciego", o, de forma más explícita: "El hecho de que el militar conserve celosamente su no vinculación a ningún grupo político determinado, teniendo siempre muy presente que sus misiones se sitúan en un plano superior al de todo grupo, asociación o partido, no debe servir de motivo, ni mucho menos de justificación, para hacerle caer en el extremo opuesto —no menos inadmisible— de un apoliti-

cismo entendido como inhibición absoluta que le condujese a la más garrafal ignorancia de toda problemática social y política".

Si, como dijo Clausewitz y recuerda el comandante García, "la guerra es la prolongación de la política por otros medios", o, como dijo Orwell, "la guerra no es otra cosa que un asunto de política interior", es obvio que las convicciones políticas serían necesarias para que no se pudiese hablar del Ejército como de un ejecutor ciego de la guerra. El ensayista ha elegido un ejemplo histórico —el Ejército alemán entre las dos guerras mundiales— para ilustrar lo que acabamos de decir, y que el general Vigón, citado por el autor, resumió en estas palabras: "Y es que un Ejército reducido a la calidad de puro instrumento es, ni más ni menos, una agrupación de lansquenets al servicio de la autoridad que asegura su con-



trata". El Ejército alemán, organizado por el general Von Seeckt, cuya consigna fue "el nuevo Ejército ha de permanecer rigurosamente alejado de la política", sería conducido y arrastrado en su apoliticismo por el nacionalsocialismo a una guerra insensata como todas y más brutal que ninguna por sus consecuencias.

Después de analizar tanto las teorías que privilegian los factores de voluntariedad en el desencadenamiento de las guerras, como aquellas otras que consideran la guerra como una salida inevitable cuando se dan una serie de factores, el comandante Prudencio García intenta dar una respuesta integradora de ambas tesis con las consi-

guientes correcciones, bien del determinismo, bien del voluntarismo. Pero para el lector no especializado en estos temas quizá las páginas más sugestivas del ensayo sean aquellas en las que se aborda el conflicto bélico interno o guerra civil. Para el autor, ésta no es sino "el estallido o crisis final de un proceso gradual y acumulativo de tensiones entre dos grupos o factores sociales, cada vez más distanciados y más mutuamente lesionados en su conjunto de sentimientos, convicciones o intereses, grupos que, por otra parte, habrían de llegar a ser ambos suficientemente numerosos y fuertes como para hacer posible su choque a nivel militar". Las páginas que suceden a estas líneas son, indudablemente, aquellas que, por su lucidez, por las referencias inevitables a la situación actual —aun siendo una descripción genérica—, afectarán más al lector, las que golpearán más a la responsabilidad de cada cual como ciudadano, como individuo perteneciente a una clase y a un grupo. En estas páginas se contempla la posibilidad de la guerra civil cuando se incurre en la "patológica situación en la que cada una de las dos partes sólo consiguiese hacer prevalecer sus respectivos valores e intereses sobre la base de un detrimento tan directo y tan grave de los intereses y valores que la parte opuesta reivindicara...". En un país que atraviesa un proceso democratizador sería preciso superar la patológica situación de enfrentamiento definitivo entre ambas partes, que el autor describe en estos términos. Una de ellas se configuraría como "una agrupación de fuerzas políticas y sociales de muy heterogénea, procedencia y extracción, abarcando desde los sectores del trabajo hasta estratos cada vez más amplios de las clases medias, medias altas y profesionales liberales, fuerzas todas ellas que tratan de lograr el afianzamiento de una democracia (entendida ésta al estilo europeo-occidental) que permita una legítima pluralidad de opciones, así como la implantación de aquellas reformas que conduzcan a una justa aminación de las exageradas distancias en la distribución de la riqueza y de la participación en todos los órdenes culturales y sociales"; la otra parte, enfrentada a la anterior, se perfilaría